

Los clásicos y los modernos, lejos de ser irreconciliables, mantienen un diálogo constante cuyas huellas son puestas en evidencia gracias a la enorme erudición del autor. En su constante investigación sobre una «Historia no académica de la literatura», García Jurado rastrea la intertextualidad de los clásicos que domina estupendamente, los latinos, y nos ofrece pruebas de que la literatura está ligada a la vida y ayuda a vivir. Se echa en falta, no obstante, en esta concepción de los «Antiguos», ampliar la mirada y aplicar ese mismo rigor para reflejar la deuda que los clásicos latinos tienen, a su vez, con sus propios Antiguos: los escritores griegos, «que descubrieron el diálogo y la duda». Como señala el propio Borges en sus conversaciones con Osvaldo Ferreri, «Rubén Darío lo dijo mejor que yo: “Homero tenía, sin duda, su Homero”. Es decir, que no hay poesía primitiva» (En *Diálogo*, vol. II).

En el primer estudio, «Clásicos Cotidianos», García Jurado recurre a Eça de Queiroz, Machado, Bioy Casares y Perucho para ilustrar, a partir de sus respectivas visiones de Virgilio o Aulo Gelio, una definición de lo clásico alejada de la tradición y sustentada en la reconsideración que desde el Romanticismo se enfrentaba a los autores grecolatinos como metas que superar. García Jurado retoma la visión relajada de Calvino, cuando dice que «No queda más que inventarse cada uno una biblioteca ideal de sus clásicos». Los clásicos se convierten en Clásicos a partir de la experiencia lectora personal, con lo que cada lectura queda vinculada a

#### LA MODERNIDAD DE LOS CLÁSICOS

GARCÍA JURADO, Francisco. *Modernos y Antiguos. Ocho estudios de literatura comparada*. Valencia: Institució Alfons el Magnànim, 2011.

Con clara alusión a la *Querrel·la entre moderns y antics*, el profesor Francisco García Jurado deja en tablas la partida entre los clásicos latinos y los escritores del siglo XX; el riguroso pensamiento de García Jurado dibuja en estos ocho estudios de literatura comparada un mapa de vasos comunicantes donde unos autores beben de los otros que, así, son constantemente reinterpretados y revividos.

la biografía del escritor (y del lector), y deja su marca. Rescatar esas huellas es lo que hace García Jurado en el segundo capítulo, «Historia Prohibida», en las obras de Ramón Pérez de Ayala (lector de Séneca), José Lezama Lima (Suetonio) y Jorge Luis Borges (Plinio el Viejo).

El capítulo tres manifiesta en el título uno de los principios teóricos de García Jurado, «La lectura como biografía». En él describe su propia experiencia sobre el estimulante impulso que la lectura de un clásico ha supuesto en su camino hacia otras lecturas. En su caso, esta vitalidad se la aporta el descubrimiento y la constancia en su vida de las *Noches Áticas* de Aulo Gelio, autor que encuentra presente en Borges, Cortázar, Bioy Casares y Arturo Capdevila, casualmente, todos argentinos. Esta casualidad permite a García Jurado profundizar en esta forma diferente de hacer Historia Literaria buceando en los referentes latinos, una historia de la difusión de un clásico entre los escritores argentinos.

Sigue un estudio monotemático sobre un cuento de Juan José Arreola cuyo título, «Parturient montes», es parte del verso 139 de la *Epistola ad Pisones* (el *Ars Poetica*) de Horacio. Este verso horaciano, que retoma a su vez un proverbio griego («Está de parto el monte y da a luz un ratón») sirve de base para ilustrar la angustia del creador literario, cuando Horacio la usa para criticar a los poetas que anuncian obras maravillosas y luego no son tales. García Jurado se centra aquí en los límites de la tradición clásica

en la literatura del siglo XX dando un ejemplo de cómo el intento de recrear un nuevo significante de una vieja fábula supone la representación de la versión original. De esa manera parece imposible superar la tradición literaria de los clásicos.

El quinto estudio se centra en la relación entre «Borges, Virgilio y la cultura europea», que sirve de excusa para revisar la íntima relación entre humanismo y lenguas clásicas, entre cultura burguesa y novela europea, que se ha dado hasta hace apenas unas décadas. Esta relación lleva a la asociación de las Humanidades clásicas con cierta perspectiva religiosa que ha convertido al cristianismo en uno de los rasgos definitorios de la cultura europea. Thomas Mann y T. S. Eliot, a través de su visión de Virgilio, evidencian la relación entre la cultura burguesa y la cultura clásica grecolatina: Virgilio es para estos y otros autores del s. XX, como Borges, el clásico por excelencia.

La veneración de García Jurado por Borges es obvia también en el capítulo siguiente, «Borges, autor de la Eneida», donde nos habla de los prólogos que el propio Borges redactó para una colección de textos que constituían su «biografía lectora», y entre los que incluyó la *Eneida*. Y son numerosos los pasajes de obras borgianas que nos remiten a versos de Virgilio, con interpretaciones, traducciones y usos personales del poeta argentino que permiten a García Jurado hablar de Borges como autor de una *Eneida* rastreadable en su propia creación literaria. Sirva de ejemplo el conocido verso virgiliano

«sunt lacrymae rerum», las lágrimas de las cosas o las cosas por las que llorar que inundan la «Elegía» de Borges, como en los versos finales «Del otro lado de la puerta un hombre / hecho de soledad, de amor, de tiempo, / acaba de llorar en Buenos Aires / todas las cosas». No obstante, la *Eneida* de Virgilio es una renovación de la épica anterior, y en este verso que, tras encontrarse con Venus, pronuncia Eneas al entrar en Cartago, cuando contempla las pinturas de los muros del templo de Juno, se resume todo el dolor de las mujeres víctimas de la caída de Troya, la soledad del héroe homérico, el amor de Andrómaca despidiéndose de Héctor, el mismo sufrimiento que Borges traslada al hombre de Buenos Aires que también llora. En Borges, como en Homero y en Virgilio, el hombre reconoce su dolor y su propia muerte.

El texto nos mantiene en territorio argentino en el siguiente estudio, «Casa Tomada, “Domus Pestilens”, entre Cortázar y Plinio el Joven». Los cuentos «El hechizado», de Francisco Ayala; «La casa de Asterión», de Borges, y «Casa Tomada», de Cortázar, fueron escritos en la década de los 40 en Argentina y son muestra de la relación personal entre los propios autores y su especial vinculación con los escritores latinos. García Jurado revisa las concomitancias entre el cuento de Cortázar y una carta de Plinio el Joven sobre fantasmas, pese a que el autor argentino, al hablar de sus fuentes, no lo cita.

Y, como apoteosis final, el último estudio lleva el sugerente título de «Las personas de Ovidio: Mandestam,

Gonzalo Rojas y Antonio Tabucchi». Estos tres autores de nacionalidades tan lejanas entre sí, polaco, chileno e italiano, no se conectan por las evocaciones de la temática de Ovidio, sino por haber dedicado al poeta latino textos que permiten a García Jurado hablar de una «gramática ovidiana». En efecto, cada uno de ellos se aproxima a Ovidio desde posiciones subjetivas diferentes, que se manifiestan mediante el recurso a la primera, segunda y tercera persona. Así, Osip Mandelstam se identifica con el Ovidio del exilio y, pese a sus innovaciones lingüísticas, se pueden encontrar rastros de los *Tristia* de Ovidio en su obra del mismo título. Como señalan otros estudiosos, en Mandelstam lo clásico va más allá de la imitación y se convierte en manera de ser, de tal manera que el uso del «yo» se desarrolla en un monólogo dramático. De la mano de Gonzalo Rojas y su *Diálogo con Ovidio* nos llega un Ovidio abordado en segunda persona desde una perspectiva vanguardista, tras la que se vislumbra un falso diálogo. Y, por último, Antonio Tabucchi, en su *Sogni di sogni*, utiliza el sueño como recurso literario, y dedica el segundo sueño al poeta latino, «Sueño de Publio Ovidio Nasón, poeta y cortesano». En este relato, García Jurado ve «la representación poética de una metamorfosis cargada de simbolismo y fatalidad»: Ovidio, retratado en el exilio, sueña que se ha transformado en mariposa

Este libro, con una «Conclusión abierta en el final», constituye, en definitiva, un delicioso paseo por la

intertextualidad de escritores latinos que, a modo de palimpsesto, se multiplican en capas y dejan de ser fuentes originales y evocaciones para convertirse en nuevos textos que renacen con fuerza en los autores modernos.

Elena Gallardo-Paúls  
*IES Benicalap (Valencia)/UNED*  
*(Alzira-Valencia)*  
elenegp@ono.com